

dicarse por completo á sus meditaciones, le habia impuesto una especie de cuarentena.

Y la infeliz nada decia, sufría en silencio; necesitaba, sin duda alguna, de aquel empleo de *acompañante* para vivir y no se atrevia á quejarse.

Verdaderamente, Enriqueta habia sido demasiado egoista, demasiado cruel; y así se lo reprochó á sí propia y se avergonzó de su conducta.

Así fue, que mientras Clara Meunier tomaba un libro y se sentaba á un lado para no turbarla, para respetar sus meditaciones, llegó Enriqueta á pensar que aquella mujer merecía tal vez su afecto, su confianza. Por lo demás, ¿no habia aparecido precisamente, en el momento en que ella buscaba una confidente, una amiga? ¿No daba esto lugar á creer que el cielo á quien también ella se quejaba de su aislamiento, acababa de abrirse para dar paso á la que debía consolarla y tal vez salvarla?

Sin embargo, en aquel momento no pensaba aun en comunicarle su secreto, en encargarle una misión para Federico. Si, mas tarde, se decidió al fin, fue porque una necesidad irresistible de expansión, la arrastró mas lejos de lo que deseaba. Primeramente, no pensaba mas que en mostrarse afectuosa y buena con ella; con ella, de quien siempre se habia alejado con indiferencia. Pretendía ya encariñarse con ella, hacer de ella para el porvenir una compañera asidua, y demostrarle alguna confianza, para que á su vez Clara Meunier, que sufría á su lado, pudiese en un momento de expansión, abrirle su corazón, llorar á su lado, y de este modo, sufrir menos tal vez.

VI.

Pero cuando el que ha vivido largo tiempo reconcentrado entregado por entero á sus pensamientos sin confiarlo, á nadie,

enervado, entra por azar en el terreno de las confianzas, ya no se detiene, se embriaga con sus propias palabras, se enerva mas y mas, se estremece y concluye por hablar mas de lo que realmente deseaba. Esto es lo que debia suceder á Enriqueta.

Después de la comida que fue de las mas cortas, y á la que no asistió el amo de la casa, la mujer de Enrique, hallándose sola con Ester, fué á sentarse á su lado, y la dijo afectuosamente:

—Desde hace algun tiempo, mi querida Clara, me deja usted muy sola. Solamente acude V. á mi lado cuando la llamo. Y sin embargo, tengo necesidad de alguien que me hable, que me ame.... ¿La he ofendido á V. en algo, me conserva V. algun rencor?

—¿Rencor? ¡Por qué dice V. eso! exclamó Ester con voz algo dura.

—Vamos, ya lo veo que es verdad. Tal vez he estado siempre demasiado fria con V. Pero esto no es orgullo en mí. Yo no tomo cariño con facilidad; pero no por eso soy altiva ni imperiosa. Si á veces mi carácter resulta desigual, y soy impaciente y brusca, es porque sufro; la pena hace ser injusto.

—Pero, señora, dijo Ester, por qué me dice V. eso? Si yo no me quejo!

—No se queja V... ¡no! Pero está V. triste, sombría, se aleja usted de mí; y nunca, nunca, se lo repito á V., he tenido tanta necesidad como ahora de un afecto, de un consejo, de un apoyo. No tengo madre, ni hermana, ni una amiga siquiera. Me hallo sola, sola para luchar contra el dolor, contra mis pensamientos, contra mis accesos de cólera, contra las locuras de la desesperación!

Poco á poco, según lo hacíamos presentir, salíase de los límites que habia impuesto á sus confianzas; exaltábase hablando, dejó leer mas de lo que quisiera en su alma, por tan largo tiempo cerrada, y que al fin entreabierta, se manifestaba libre y desordenadamente.

—No comprendo á V., habia respondido Ester.

—Si; V. me comprende, repuso febrilmente Enriqueta. De sobra ha adivinado V., de sobra ha visto que el que debería protegerme me abandona, que el que debería amarme, solo indiferencia y desden siente hácia mí. Pero V. puede animarme, sostenerme, aconsejarme; V. es fuerte, y ¡yo soy débil. Bien he comprendido, el carácter, la altivez de V... ¿Quiere V. ser mi amiga? Si, nada nos impide relacionarnos cariñosamente. ¿No es V. mi igual, por educacion y por inteligencia? Es V. mujer; tiene V. obligacion de sostenerme; sino por afecto, por simpatía, aun que por lástima sea!

—Yo, sentir lástima por V.?

—¿Y por qué no? ¿porqué la suerte ha privado á V. de esa fortuna que á mí me hace tan desgraciada? Ah! Yo soy la que tengo envidia de V! V. es libre, no depende mas que de sí misma. Puede V, seguir las inclinaciones de su corazon. Yo, he hecho callar al mio para salvar esos bienes despreciables! Yo lo ignoraba todo. Débil como siempre, me dejaba conducir...! Y ahora que en mi corazon martirizado, se despierta el pasado, es preciso que lo comprima, que lo ahogue, y es necesario que desespere á otro corazon que nunca ha palpitado mas que por mí!

—¡Otro corazon! exclamó Ester.

—Si, sí! continuó Enriqueta mas exaltada que nunca, comprendiendo por otra parte que habia dicho ya demasiado para detenerse en sus revelaciones sí; ¿no lo ha adivinado V. hace tiempo? ¿Tengo precision de contar á V. un secreto para que adivine... Ese jóven, mi amigo de la infancia... el que vive con nosotros... Es preciso que parta mañana, esta noche, si es posible; no quiero verlo mas...! ¡Dígale V. de mi parte, suplíquele V. mándeles V...

—¡Yo!

—Si; á mí me faltaria el valor; reempláceme V., se lo suplico, compañera mia, amiga de mi alma...

Prosiguió hablando durante algun tiempo, suplicante, exaltándose con sus propias palabras, enardeciéndose con sus pensamientos. Despues, sin dejar tiempo á Ester para responderle, y temiendo una negativa, y tal vez porque ella misma tenia miedo de volverse atrás, salió precipitadamente.

Cuando hubo partido, Ester Sandraz, dejó caer lentamente estas palabras:

—¡Como comprende esta gente el amor! ¡Es raro!

Luego, sombría, macilenta, con la mirada vaga, permaneció hondamente sumida en sus reflexiones.

VII.

No tardó mucho Federico Deschamps, á quien se habia ido á buscar á la fábrica, donde trabajaba todas las noches antes de retirarse á su habitacion, en hallarse en presencia de Ester.

Esta, levantó bruscamente la cabeza, cuando le oyó entrar, y en lugar de dirijirle la palabra, le miró atentamente durante largo tiempo.

Sus rasgos enérgicos, como ya hemos dicho, su mirada profunda, ciertos pliegues de su frente, algo de triste en la sonrisa, revelaban al hombre, á quien la reflexion y tal vez los accidentes de la vida, habian madurado desde muy temprano, dándole una precóz experiencia. Pero lo que sobre todo agradaba en él, era el encanto de su fisonomía, y su mirada clara, límpida, radiante, por decirlo así, de franqueza.

Asombrado de que Clara Meunier le hubiera hecho llamar, esperó á que tomara la palabra.

Cuando vió que su silencio continuaba, se decidió por fin á decirle:

—He acudido, señorita, al llamamiento de V... ¿qué desea V. de mí? Y, aunque sea indiscreccion: ¿porqué me mira V. de ese modo?

—Porque, exclamó Ester, decidiéndose al cabo á hablar, no sé como arreglarme, señor mio, para cumplir una mision de que me hallo encargada.

—Una mision?

—Sí.

—¿Para mí?

—Para V.

—No comprendo.....

—Una mision singular, y muy penosa, por cierto.

—De quién?

—De la señora de Vandelle.

—Ah! exclamó él palideciendo. Y añadió al cabo de un instante, con voz que procuraba hacer que apareciese tranquila:

—¿Y cuál es esa mision?

—Enriqueta, dijo lentamente Ester, ruega á V. y le ordena en caso necesario, que salga V. de esta casa, para no volver!

Federico arrojó sobre ella una mirada sospechosa. Habíase quedado admirado, no de la orden que le daba Enriqueta; conocíala demasiado y temia recibirla tiempo hacia: pero no habiendo asistido á la escena que acababa de tener lugar entre las dos mujeres, no pudiendo darse cuenta de todas las impresiones sufridas por Enriqueta, no podia esplicarse que hubiera escogido á Clara Meunier por confidente.

Su asombro se tradujo por estas palabras:

—¿Y es á V. á quien ha encargado...?

—A mí, sí, y crea V. que mi sorpresa igualó á la que está V. experimentando. Sin embargo reflexiónelo V. bien, y verá que yo soy la única persona que puede hablarle á V. en su nombre.

Federico no respondió.

Ester añadió despues de un momento:

—¿Cuál es la decision de V.? ¿Qué he de decir de su parte á Enriqueta?

—Dígale V..., se lo ruego, exclamó resueltamente, que obedeceré sus órdenes sin discutir las.

Ester se levantó, y acercándose á él, repuso:

—Esa respuesta no es formal, ¿verdad? V. duda todavía de mí? V. no me cree encargada de esa mision?

—He dudado, en efecto, señorita, lo confieso; pero he reflexionado, y ya no dudo.

—Entonces, ¿partirá V. mañana?

—Mañana.

—¿Sin despedirse de ella?

—Sin despedirme de ella, si así lo exige.

—¡Veo que no la ama V! dijo Ester bruscamente.

Su acento, su gesto, confirmaron á Federico en el pensamiento de que hablaba con sinceridad, afirmando asimismo, ciertas ideas que pronto debia emitir. Así es que no titubeó en responder:

—Ya ve V. hasta que punto la amo, que consiento en partir!

—No lo entiendo.

Federico dió un paso hácia ella, la miró fijamente, y le dijo:

—¿V. no ha amado nunca?

—¡No lo sé, replicó ella vivamente; pero me parece que ningun obstáculo podria separarme de aquel á quien amase; y creo que si por azar, surgiese alguno, antes que renunciar á mi amor, lo rompería sin cuidado!

—¿Aun á riesgo de comprometer, de perder para siempre una existencia mas preciosa que la de V?

—A cualquier riesgo, á cualquier precio. ¿Acaso mi vida no vale lo que otra?

—Veo que no sabe V. amar!

Ester guardó silencio, y pareció reflexionar. Tal vez se preguntaba si no tenia razon, si verdaderamente habia sabido amar.

Por fin, alzando la cabeza repuso:

—Con que decididamente marcha V?

—Sí, parto. Sírvase V. decir á Enriqueta, que mañana, á primera hora, habré abandonado esta casa... Dígale V. que á pesar de la desesperacion de mi alma, me llevo su recuerdo como un fresco perfume, como un rayo divino. Dígale V. que parto, porque la quiero pura, honrada, santa á los ojos de todos; que me voy bendiciéndola, sin queja alguna... Quizás moriré, pero si esto sucede, espiraré sin tener en cuenta mi sacrificio, enviándole mi último suspiro, el último latido de mi corazón!

Ya no hablaba Federico, y aun le escuchaba Ester, estupefacta, asombrada de las palabras que acababa de oír, de los sentimientos, tan nuevos para ella, que él habia manifestado.

VIII.

Federico, al cabo de un instante, rompió el silencio, y acercándose á Ester la dijo:

—Ahora que hemos arreglado la situacion de la señora de Vandelle y la mia, hablaremos, si V. lo permite, un momento, acerca de V!

—¿De mí?

—Sí, de V., que encargada de decidirme á partir, á abandonar este país, ha intentado V., hace poco, retenerme en él.

—Yo, he intentado...

—Sin duda alguna. Por ventura, ¿no acaba V., de decirme que ningun obstáculo podria separar á V. del hombre amado, que los rompería V. todos, á cualquier riesgo, ó cualquier precio? Esto era decirme: «Quédese V.»

—¿Y con qué objeto habia yo de detenerle á V? ¿Qué me importa la presencia ó la ausencia de V?

—¡Mucho! dijo Federico con voz firme y fijando sobre Ester su mirada clara. Si parto, Enriqueta escapa á todos los peligros, y V. se halla espiando su caída!

—¡Yo! ¡yo! exclamó Ester, admirada, pálida! ¿Qué significa esto, caballero? ¿Con qué derecho me acusa V. de ese modo? ¿Por qué me insulta V? Con qué objeto habia yo de espiar la caída de la señora Vandelle?

—Con el objeto de separar para siempre á Vandelle de su mujer, y vivir con él!

—¡Caballero!

Y Federico añadió, sin perder su calma:

—V., señorita me ha creído demasiado enamorado para no ver claro en este asunto, y se ha engañado V. ¿Quién es V? ¿Lo ignoro! ¿De dónde viene V? ¿Me importa poco! ¿Traia V. algun oculto designio al penetrar en esta casa? No me hallo enterado. Pero lo que sí es muy cierto que ha hecho V. desde su llegada vivísima impresion en Enrique Vandelle. Cierto es tambien que él no le es á V. indiferente... No lo niegue V., porque sé á qué atenerme en este punto. Comprendí en seguida que Enriqueta iba á correr un gran peligro entre Vds. dos, y por eso, pretendí una plaza en la fábrica, y por eso me hallo aquí. Parto hoy, porque ella me lo ordena, pero V. partirá conmigo!

—¿De qué modo dispone V. de mi persona!

—No. Es V. misma la que vá á disponer de ella de buen grado, por propia voluntad. V. no se conoce á sí misma, y yo voy á enseñarla á V. á conocerse.

—Veamos, dijo ella, mirando con mayor curiosidad á aquel que en parte acababa de metamorfosearse, de revelarse!

IX.

Federico añadió con voz segura, pero dulce y penetrante:

—V., señorita, ha sido adulada, mimada en su infancia y en su primera juventud. Era V. tan bella, tan bonita, que se hacia V. querer, que la admiraban á V., sin acordarse de prepararle una existencia honrosa y digna. Mas tarde, ha debido V. amar á su vez, pero á uno de esos hombres, para quienes no existiendo el corazon de la mujer, la materializan y la rebajan. V. ha sufrido mucho por ese hombre, y no ha tenido V. mas que un pensamiento: ¡vengarse!

Ester se estremeció, pero no hizo un solo gesto, no pronunció una sola palabra.

Él continuó:

—¿Cuál es la venganza que ha meditado V. en un momento de ceguedad, de cólera? Esto es lo que no sé á punto fijo. Pero, desde hace dos meses, desde el dia en que me dieron un empleo en la fábrica, observo á V, espío todos sus gestos, sus miradas, y afirmo que sin haber tenido valor para abandonar sus designios, se avergüenza V. ya de ellos, sufre V!

Ester permanecia impasible, con la cabeza baja y la mirada fija.

—Hoy, repuso Federico con mas dulzura, como si hablase con un enfermo; hoy sufre V. mas que nunca ha sufrido; la que V. odiaba en otro tiempo, la que deseaba V. sacrificar á sus resentimientos, se ha mostrado con V. afectuosa y buena; la ha tratado á V. como amiga, y estas señales de simpatía han conmovido á V., y su corazon, ya menos endurecido, se ha ablandado algun tanto..... Lo he comprendido en ciertas palabras que hace poco ha pronunciado V.; algo hay que ha hecho en su alma de V. una impresion mas viva todavía; Enriqueta sufre á causa de su marido; ha sido humillada, martirizada por él... y sin embargo, lejos de vengarse de procedimientos semejantes, se sacrifica para que el honor de aquel cuyo nombre lleva no corra peligro alguno, para que él no padezca por su causa. Ella me ama, no puede V. dudarle, ya hace tiempo que V. lo sabe,

y no obstante, me aleja de su lado. Por lo que á mí toca, en lugar de resistirme á sus órdenes, á pesar de mi dolor, me sometó á ellas. Su conducta y la mia han admirado á V. profundamente. Nuestra manera de comprender el amor, el deber, la abnegacion, han acabado de conmover su alma de V., atormentada y fluctuante. Ha consultado V. su conciencia y mucho me engañaria, ó está V. ya en el buen camino...! esto es todo cuanto tenia que decir á V., señorita!

La saludó, y salió del cuarto sin que Ester hubiera pronunciado una sola palabra.

X.

Un cuarto de hora despues, y mientras continuaba sentada en el mismo sitio, sonaron pasos en el comedor, contiguo al saloncito.

Era Vandelle que volvia de una caza infructuosa sin duda, porque no se habia oido detonacion alguna. No habia comido todavía, y se hizo servir antes de subir á su habitacion, contentándose con colocar en un rincon, su escopeta cargada todavía.

Aquella comida solitaria duró una hora. Hacia algun tiempo que Vandelle se complacia en la mesa, mucho mas que otras veces; intentaba, en ella, olvidar sus infortunios y con ayuda de un vino rancio reemplazar la sombría realidad, por un sueño dorado; vivir en el pasado, y sobre todo en lo porvenir, ya que tan funesta le era la hora presente.

Cuando hubo terminado su comida suculenta, y para hundirse mas pronto en la beatitud del sueño, hubo vaciado media botella de kirsch, encendió un cigarro, y se dirigió hácia el saloncito, donde esperaba dormir cómodamente estendido en su divan predilecto, porque Vandelle apreciaba todos los refinamientos del bienestar y el lujo.

No quedó poco admirado de hallar á Ester en el salon, sentada ante el fuego, pensativa, sumida en sus reflexiones. La creía hacia ya rato en su cuarto, y en verdad no esperaba aquella entrevista con su antigua amada. A haber sabido que se hallaba allí, tan cerca de él, quizás no se hubiera eternizado comiendo, quizás hubiera mostrado discrecion con sus vinos. Pero habia abusado tanto de ellos, que no se hallaba en estado de sostener una conversacion brillante, de aprovechar aquella escelente ocasion. Dudaba de tal modo de sí mismo, de sus facultades intelectuales, de su aptitud amorosa, que debió resignarse á guardar silencio, á imitar el mutismo de Ester, á vivir á su lado la vida contemplativa. Tomó en el sofá su sitio habitual; se instaló del mejor modo posible, apoyó su cabeza en un almohadon, colocóse otro debajo de las espaldas, estendió las piernas y encendió un nuevo cigarro.

Aquella velada no carecia de encantos; recordábale, en parte, las que pasaba en tiempo de sus amores en la calle de Séze, y en casa de Ester. Hallábase entonces como ahora, solo con ella, estendido en un sofá, en un gabinete bien cerrado, y al abrigo de importunos, y así, la contemplaba, la admiraba durante largos instantes, sin pronunciar una sola palabra.

Pero entonces, á aquellos elocuentes silencios, sucedian diálogos mucho mas elocuentes. Nunca él permanecia solo en su sitio; siempre ella se ponía á su lado y le agradecia su muda admiracion. Y hoy ya no se cuidaba de la direccion de sus miradas; su ardor no la conmovia y se mostraba indiferente á su fijeza.

Llegó un momento, sin embargo, en que á consecuencia de un fenómeno magnético, que no puede negarse, la obstinacion de aquella mirada fija sobre ella, obligó en fin á Ester á alzar los ojos.

Y vió á Vandelle con el rostro de color de púrpura, la mirada brillante, llena de deseos, las ventanas de las narices dilatándosele, los labios encendidos.

Con sus robustas espaldas, su cuello bronceado por el viento y el sol, corto, fuerte, con gruesas venas; con sus cabellos negros y crespos; su barba abundante, inculta entonces, Vandelle recordaba al fáuno de la estatuaria antigua, el que al arte griego supo dejar bajo apariencias varoniles, cierta elegancia de forma. Era el tipo cabal del sensualismo, pero de un sensualismo ateniense, parisien y mundano.

Ester, en aquel momento podia observarle á su gusto. Fuerte con la actitud reservada que guardaba, con la especie de letargo en que le sumía su semi-embriaguez, no la oían en modo alguno la manera de ponerse en guardia contra sus asechanzas; y de aquel modo se le aparecia tal como era en todo su materialismo.

Y esto era lo único que ella habia conseguido inspirarle. El amor que él sentia, el gran amor que la profesaba se resumía en una sola palabra: la posesion.

Solo él veía esto, no aspiraba mas que á esto, no deseaba otra cosa. Un cuerpo; esto era todo.

Ah! qué distancia separaba este amor fisico del otro amor, este verdadero, el que Enriqueta Vandelle inspiraba á Federico Deschamps! Y jóvenes eran tambien ambos, ardientes, sanos y vigorosos, pero no se dejaban dominar por la materia, invadir por el sensualismo. Su corazon les gobernaba, lo oían latir, y el ruido de sus latidos ahogaba todos los rumores que gruñían en ellos les ennoblecia, les preservaba de toda mancha impura. Él; la amaba, sabía que era amado por ella, y se hallaba dispuesto, sin embargo á todo sacrificio.

Ella le amaba tambien, y por el temor de dárselo á conocer, de enternecerse á su lado, le mandaba que se alejase, y se condenaba á las mismas privaciones.

¡Qué distancia entre Federico Deschamps y Vandelle, y qué barrera separábala á ella misma de Enriqueta! Porque ella interrogaba á su conciencia, preguntándose si valía algo mas que

su amante. ¿No habia por desgracia, estimulado sus deseos irritando sus sentidos, y colocando los placeres carnales muy por encima de todos los goces intelectuales? ¿No tiene la mujer que llenar una mision al lado del hombre amado? ¿hablar á su razon, á su alma? ¿no conceder tanto lugar á las sensaciones, dar mayor preferencia á los sentimientos, engrandecerlos, elevarlos y hacer de modo que su amor, por ardiente que sea, le ennoblezca y purifique? Pero ella, en tiempo de sus antiguas relaciones, olvidábase tan por completo en sus brazos, que ni pensaba en interrogar á su corazon, ni á dejar que hablase el suyo propio.

Y hé aquí en lo que él se habia convertido: esperando el retorno de los pasados placeres, espiando la hora en que ella se humanizara, y se convirtiera de mármol en carne; en que el hielo se fundiera, su vida no tenia ningun otro objetivo; podia hundirse el mundo; él no se daría cuenta, con los ojos fijos en ella solo, y esperando la hora propicia.

Y hé aquí en lo que ella se habia convertido: para vengarse de él, solo podia acudir á una cosa: á mortificarle en su carne.

¡El uno era digno del otro! Y aun ella llegaba á confesarse que valia menos que él. ¿No era ella la que habia concebido el proyecto odioso de vengarse tambien de la pobre Enriqueta? Si la infeliz sufría en aquel momento á causa de su amor á Federico, si se hallaba desesperada, quebrantada, ¿no era la misma Ester la que le habia impuesto aquel nuevo suplicio? ¿No habia exigido que Federico entrase en la casa, y se hallase en relacion constante con la señora de Vandelle? ¿No habia atizado aquel amor? Vandelle no dudaba de su mujer; creía en su virtud, y sin ser criminal, habia podido esponerla al peligro persuadido de que en él no sucumbiría. Pero ella, Ester, por el contrario, habia creído en una caida próxima; la habia deseado, hasta habia llegado á prepararla.

¡Y qué gran leccion le daban aquellos dos honrados jóvenes!

Federico, á quien ella mezclaba en su venganza, sin tener queja alguna de él, confundiéndole en igual martirio, Federico que parecia haber descubierto sus secretos designios, en lugar de insultarla, de amenazarla, habia acudido á sus buenos sentimientos, la habia compadecido, habia escusado sus faltas, casi sus crímenes en proyecto, y partía confiándole á la misma que ella deseaba perder. En cuanto á Enriqueta, habíala tomado por confidente, por amiga; habíase refugiado, por decirlo así, en ella, y con el fin de permanecer firme en su virtud, encargaba á Ester el cuidado de protegerla. Todo un mundo de pensamientos bullían en su cerebro; volvía á ver su vida toda: los caprichos de su infancia, las escentricidades de su juventud, sus irreflexiones, sus ligerezas, su ociosidad, su afición al ruido y al movimiento, su madre, á quien lloró corto espacio de tiempo, Vandelle á quien habia amado demasiado aprisa, sin tomarse tiempo para estudiarle, su caida demasiado brusca, sus amores mal sanos, sus sueños no cumplidos, su venganza indigna y brutal contra Vandelle, injusta y criminal contra Enriqueta, y por final, su derrota, su confusion, su vergüenza. Escapábasele aquellos á quienes habia pretendido herir, agobiándola con su generosidad y su virtud. Se elevaban tanto, tanto, por encima de ella, que no podia alcanzarles; volaban, dirigiéndose á regiones que le estaban vedadas.

Únicamente, Vandelle le quedaba. Este no se elevaba, sino que se arrastraba por el suelo.

Todavía podia seguir haciéndole sufrir, lanzarle miradas provocativas, llamarle con un gesto, y para exasperarle volver á convertirse en mujer de hielo. Sí, pero... ¡Qué infamia!

Podia tambien resucitar el pasado, allí, en aquel salon; bajo aquel techo, en la casa, en fin, de Enriqueta! Sí, pero.....

¡Qué vergüenza!....